

exclama suspirando: ¡Cuándo se acabará este reino de miseria, obra de Brahma! Los cristianos oran: Que venga tu reinado y perfeccione nuestro reino.

Los chinos quieren gozar á todo trance; se encuentran bien en la tierra, viven solamente para lo que ven, no tienen sentimientos más que para el presente, y les horroriza la idea de que tal vez no sea el más perfecto el estado en que viven. El indio sólo quiere desolación y destrucción: se fija con dolor en el presente, y mira el porvenir con ardiente deseo del aniquilamiento. Sólo ve con satisfacción el pasado, cuando no existía más que el vacío, Brahma, la nada. El cristiano ni incurre en la negra amargura ni en la deificación; no tiene la manía de innovaciones ni de momificar las vetusteces. Espera firmemente en un porvenir mejor, sufre las penas presentes y se regocija de los dolores pasados, dirigiendo sus miradas á mejores días y al fin eterno que le está prometido.

El chino trabaja tan sólo para el momento, y eso con terrible precipitación; como los racionalistas, se ríe de esos sueños que hablan de la eternidad y de otra vida. El indio se afana con un cuidado, una delicadeza y una tenacidad incomprensibles, sólo para desembarazarse de la vida y huir cuanto antes de la existencia percedera y del eterno nada. El cristiano aprovecha el tiempo, porque de él depende la eternidad, y embellece con paciencia la tierra para hacerse más agradable la vida.

El chino acepta la realidad tal como es sin preguntarse si debe ó no continuar así; tales como son las cosas, están bien para él; no se le ocurre darse á sí mismo y á la vida, mediante el trabajo, un espíritu más elevado. El indio procura abstraer del mundo el espíritu; de ahí sus fantasías y sus vertiginosas especulaciones. No es que pretenda conservar las conquistas intelectuales que de ese modo hizo, ¡no!; todo su deseo es que el mundo privado de inteligencia se destruya y ponga fin bajo sus ruinas á su existencia intolerable. El cristiano quiere inspirar á la realidad el espíritu que debe ennoblecirla, elevarla y hacerla mejor.

El chino se evapora en la existencia; no ve fin que vaya más allá de esta vida; tan pronto como se toca, por poco que sea, á la situación existente, se le van la cabeza y los pies, y pone violentamente fin á sus días. El indio no goza; para él la existencia es intolerable molestia. Mira con maligna complacencia de embrutecido su decadencia propia y la general. Se estremece hasta la médula al pensar en un fin supremo duradero, en una continuación de la vida después de la pobre vida actual. El cristiano sabe que hay para él y su raza un fin supremo, eterno: cree en una verdadera felicidad terrenal, si bien no espera que sea jamás perfecta. Ningún sacrificio, ningún trabajo le parecen excesivos, si mediante ellos, ha de obtenerla para sí y para la humanidad; sabe que trabajando aquí abajo en la felicidad de todos, se prepara al mismo tiempo para llegar á su fin supremo. Trabaja y lucha con valor, porque está cierto de que, aunque sucumbiese y el mundo se deshiciese en fragmentos por su causa, no hace más que acercarse á su fin supremo. Se regocija con las cosas del mundo, pero no se embrutece por el exceso de goces, porque conoce otros más sublimes.

Tales son los tres aspectos, conforme á los que se puede considerar el mundo y la vida; cualquiera que tenga una opinión en este punto, pertenecerá, en las líneas generales, á una ú otra de esas maneras de ver que acabamos de indicar; ellas también animaron todas las civilizaciones de que da cuenta la historia del progreso intelectual de la humanidad. La lucha á que las diferentes civilizaciones se entregan no es más que el conflicto entre aquellas opiniones.

10. La vida como peregrinación.—La vida es, en efecto, un concurso general y una inmensa peregrinación. Todos, mientras que estamos en ella, marchamos adelante por vías diferentes, fatigados, llenos de inquietudes. Que la carrera sea larga ó corta, no importa, con tal que se llegue al fin; pero no es quien va más de prisa el que llegará al término, sino el que vaya con más seguridad. No pueden

ir todos por el mismo camino, pues se estorbarían los unos á los otros; pero lo esencial es que cada cual siga la dirección acertada. La reconocemos en que conduce al fin supremo del hombre; únicamente ese fin da al todo valor y sustancia; al llegar al término, se verá lo que han valido la vida y la manera de considerarla. ⁽¹⁾

No es, por lo tanto, verdadero camino el que no conduce al fin supremo; quien se separe de aquél, no evitará las molestias del que emprenda, pero su trabajo será inútil. Cuanto más continúe sin retroceder, en la falsa dirección que haya tomado, más se alejará de su fin. ⁽²⁾ Un cojo que sigue la buena dirección, llegará más seguramente al término, que un rápido andarín que se separe de ella. ⁽³⁾

Por esta razón, no podemos mirar sin emoción profunda la conducta de la humanidad; los hombres pasan por delante de nosotros con el mismo ímpetu, la misma precipitación, la misma sobreexcitación que cuando marchan á la guerra. ¿Por qué? ¿á dónde van? No lo saben ellos mismos; se lanzan ciegamente al azar cuando se trata de sus mayores intereses. Sí, se trata de su único interés y de todos sus intereses, se trata de su felicidad. Buscan ésta con febril ansiedad; pero desgraciadamente tomaron mala dirección, y no quieren se les diga que se equivocaron; hasta se burlan de nosotros. Un día sucede al otro; ven que pasa el corto plazo que se les ha concedido; su inquietud aumenta por momentos; corren, se precipitan, pero alejándose siempre del fin. Hijos de los hombres, deteneos. ¿Por qué, pues, amáis la nada, y perseguís una vana ilusión? ⁽⁴⁾ Es inútil, nada oyen; no prestan atención á nuestras advertencias; ni tiempo tienen siquiera para atenderse á sí mismos.

Y bien, á lo menos reflexionemos nosotros sobre la dirección que debemos seguir. No hay más que un fin y le

(1) Platón, *Repub.*, 10, 12, p. 613, c.

(2) S. Agustín, *Serm.*, 141, 4.

(3) *Ibid.*, 169, 18.

(4) Psal., IV, 3.

conocemos: que nuestras miradas y nuestros esfuerzos se dirijan en ese sentido, y no tendremos necesidad de fatigarnos prematuramente con tal ímpetu. Inútil es que os levantéis antes del día, dice la Escritura. Tened cuidado tan sólo de no perder de vista vuestro fin; entonces podréis sentaros á comer vuestro pan empapado en lágrimas para entregaros en seguida al sueño. ⁽¹⁾ Después, cuando hayáis descansado, proseguid vuestro camino y alcanzaréis el premio. ⁽²⁾

(1) Psal., CXXVI, 2, 3.

(2) 1 Cor., IX, 24.